

Recordar, compartir, aprender

Elche

Juan Valverde

Alejandro José Plaza, 21

EL CURA QUE NO QUISO SER MARIONETA

Franco era un gran titiritero, manejaba a sus grandes marionetas, el Ejército, la población civil y la Iglesia a su antojo, y éstas a su vez a sus propios títeres. Pero de vez en cuando, una de estas figuras se zarandeaba hasta deshacerse de sus cadenas de fino hilo. Juan Valverde fue una de ellas. Esta es la historia de un cura secularizado y su lucha por el reconocimiento de tantos años dedicados a los demás.

El día que le notificaron la cuantía de su pensión, Juan Valverde pudo comprobar que la Seguridad Social no reconocía 35 años de profesión eclesiástica, como si nunca hubieran ocurrido. Juan esbozó una sonrisa de autocompasión y echó la mirada atrás en el tiempo para comprobar si realmente los había vivido o tan sólo había sido un sueño.

Corría el año 1943 cuando recibió la llamada de Dios. Vivía en un pueblecito murciano llamado Bullas. Entonces era un muchacho de 15 años que realizaba diversos trabajos ya que el sueldo de su padre, un guardia civil, no era suficiente para dar de comer a su familia. Eran tiempos difíciles para casi todo el mundo. Acudían a misa todos los domingos y uno de ellos ocurrió algo especial. Juan no recuerda bien qué fue. No sabe si aquel día el párroco estaba inspirado, o si fue el mismo Dios quien bajó durante unos segundos, para susurrarle a su alma cuál era la misión que le había encomendado. Pero cuando salió de aquella iglesia, ya sabía que su fe debía utilizarse para guiar a todo el que se encontrara perdido, iluminando el camino en aquel mundo de luces confusas y sombras perpetuas.

Cuando le dijo a sus padres que quería ser cura, no obtuvo ninguna oposición pues eran bastante religiosos, pero no podían apoyarle pues no disponían de dinero para pagarle los estudios en el Seminario. De modo que se dirigió a la casa de una anciana rica de la cual se decía, pagaba los estudios a los jóvenes que como él, quisieran ser curas. Ésta accedió a su petición y así fue como Juan Valverde dejó Bullas para convertirse en un mensajero de la palabra del Señor.

Doce años pasó en un seminario aprendiendo a hablar, a comportarse y en definitiva, a ser un siervo de la Iglesia. Una vez acabó su preparación le destinaron a Bullas para su sorpresa. Durante los tres años en los que estuvo allí se interesó por reunir a los más jóvenes, pero cuando ya se había acomodado, el obispo le dio la orden de trasladarse a una pequeña aldea de apenas mil habitantes. Lo haría como único párroco y sin más remedio, aceptó su nuevo destino.

En aquella aldea se le observaba con gran recelo y por eso no tuvo un gran recibimiento. Nadie quería alquilarle una casa, pues bien era sabido que ésta serviría entonces para hospedar a todos los curas, y al final el obispo acabaría adueñándose de ella. No obstante encontrar casa fue la menor de sus dificultades en aquella aldea. Su iglesia se estaba cayendo a trozos y el obispo le mandó construir una nueva en un solar que había comprado. Para ello le envió un arquitecto y un poco de dinero para empezar las obras, que no alcanzaba ni para levantar una pared. Debía conseguir financiación por sus propios medios. Pedir dinero en la colecta siempre era una opción, pero no le gustaba ya que sabía que los aldeanos eran pobres campesinos que ya sufrían bastante necesidad como para tener que pagar las obras de una iglesia. El arquitecto diseñó el edificio para que fuera de piedra y alrededor de la aldea había piedra por todas partes. Algunos aldeanos se ofrecían para trabajar un par de días y otros para trabajar unas horas. Juan siempre agradecía cualquier ayuda por pequeña que fuera.

Poco a poco la iglesia se fue levantando. Los aldeanos estaban contentos y fueron cogiéndole cariño al nuevo párroco. Incluso el gobierno de Franco les concedió una ayuda especial con la que financiaron la cúpula.

Y justo antes de terminar la nueva iglesia, el obispo le volvió a trasladar. Durante cinco años fue confesor en un Seminario hasta que le asignaron un puesto de párroco con dos ayudantes en Calasparra. Fue la etapa más dura de su vida. Allí pronto comprendió que no necesitaban que llevara las riendas de la parroquia pues otros ya las tenían bien cogidas.

Al poco de llegar, pudo oír una conversación entre el obispo y el representante de las capellanías sobre las propiedades de la iglesia. Éste se quejaba de que las casas estaban en mal estado y la gente que allí vivía podría sufrir alguna desgracia. La iglesia debía asumir los gastos como propietario. El obispo asintió con la cabeza y al día siguiente las capellanías estaban vendidas y la gente en la calle. Tras comprobar la solidaridad de su institución, padeció su primer conflicto como párroco.

En una de las misas en honor a la Virgen, la Guardia Civil colocó bajo la figura la bandera franquista. Juan se disgustó por que no veía bien que se mezclara política con religión. Le preguntó al sargento si era obligatorio que la bandera estuviera junto a la Virgen y éste le respondió que era conveniente. Así que decidió retirarla antes de que empezara la ceremonia y se armó un gran jaleo. Los periódicos de todo el país publicaron que un párroco había retirado la enseña nacional durante una misa. Esto llegó a los oídos de los tribunales de Madrid y pidieron una explicación al gobernador civil de Murcia, el cual argumentó que la bandera estaba rota y por eso el párroco la retiró. Juan se salvó de la quema pero ya estaba en el punto de mira.

Además de eso tuvo una confrontación con el terrateniente del pueblo y varias historias más. Pero lo que le exasperó por completo fue el mal comportamiento de algunos guardias civiles durante una procesión. Les prohibió volver a cualquier desfile religioso y esto hizo que los altos cargos lo tacharan de incendiario. El gobernador civil le quería fuera y el obispo tuvo miedo de salir en defensa de un cura que no temía al régimen. Incluso una vez le dijo “¿y ahora qué le voy a decir al gobernador?” A lo que Juan respondió “yo me hice cura de Jesucristo, no del gobernador”. Quisieron trasladarle a la parroquia de una aldea, pero él se negó. Era el año 1973 cuando abandonó Murcia para trasladarse a Elche. Pasó nueve meses de depresión. A medida que se fue recuperando oficiaba misas por libre pero finalmente se secularizó. Trabajó en el ayuntamiento y conoció a la mujer con la que se casaría.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Durante el tiempo que hablé con Juan Valverde me quiso enseñar una lección. Y es que la familia, los amigos y todas aquellas personas a las que amamos son lo que nos hace querer vivir. Y por ello debemos proteger a los que nos rodean y demostrarles cada día el afecto que sentimos por ellos. Pero también hay algo muy importante, la dignidad. Nuestros principios son la base de nuestro amor propio y mantenerlos significa enfrentarnos a los obstáculos y agresiones que hay en el mundo sin dejar de ser nosotros. No debemos hacer algo que nos haga condenarnos y despreciarnos. A veces tenemos que soportar el dolor y la soledad de aquel que se rebela, aquel que grita cuando algo no le parece bien o aquel que se sale de la cola para decir basta ya. Por que si cedemos lo que nos hace ser nosotros mismos, ¿qué nos queda?

Juan se guió siempre por sus convicciones y esto le ha hecho luchar durante toda su vida. Su lucha es la de muchos otros secularizados que todavía no perciben una pensión digna, por que la Iglesia no les afilió a la Seguridad Social en su momento y se niega a negociar con el gobierno, por que se avergüenza de que su propia gente piense de una manera diferente. Pero parece que esto a nadie le importa y los secularizados, que han dado su vida a los demás, sobreviven con pocos recursos y mucha fe, deseando la solución a un problema que algunos esperan, se arregle con su muerte. Juan, al igual que sus compañeros, no se dejará vencer y seguirá pidiendo justicia hasta el final. ¡Siga luchando, padre!